

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1955

Núm. 1033

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

ANTE "LA FIN" DEL MUNDO

—Señor, señor—gritó la muchacha entrando en mi habitación—¿sabéis lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?

—Que hoy no sale el sol.

—Valiente noticia; estará nublado.

—¡Quíá!; no, señor; si es que no sale porque se ha quedado dentro; es decir, que no se hace de día.

—¡Cáscaras!—exclamé saltando de la cama. Y me lancé a la calle.

—¿Qué es esto, Señor? ¿Qué es esto?—se oía repetir por todas partes entre lamentos y exclamaciones a las gentes que corrían de un lado para otro.

—¡Se acabó el mundo!—gritaba uno.

—¡Es un eclipse—decía otro!

—Qué eclipse ni qué caracoles!—

¿No oye usted la trompeta del juicio? dijo un gangoso.

—No es la del juicio; es la del Ayuntamiento que publica un Bando—saltó una vieja.

—Oigamos el Bando—gritaron todos

«El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, en telegrama que acabo de recibir, me dice lo siguiente:—Estando fijadas—las cinco de la mañana—como hora oficial—para la salida del sol!—en todo el territorio—de la península, y habiendo dado las ocho—sin que este astro—haya salido,—pongo el hecho—en conocimiento de usted—a fin de que—con la mayor prudencia—lo transmita al público—procurando no se altere el orden—y haciendo saber—que el Gobierno ha tomado las medidas necesarias—para...»

Al llegar aquí no pude oír más, porque se ahogó la voz del pregonero entre una tempestad de voces, gritos y silbidos.

—Vaya una noticia que nos da el Ministro—decía un vejete.

—Pero ya oye usted que se va a tomar medidas—decía un tercero

—¿Medidas? ¿Para qué?—soltó una mujer del pueblo—¿Para hacerle al Sol algún gorro de abrigo a ver si quiere sacar la cabeza?

En aquel momento vino a aumentar la confusión un nuevo suceso: En el

firmamento brilló repentinamente un resplandor siniestro, que extendiéndose de Oriente a Occidente en forma de inmensa faja rojiza, aparecieron escritas sobre ellas estas apocalípticas palabras; ¡SE APROXIMA EL FIN DEL MUNDO!

Desde aquel instante el aspecto de las gentes cambió por completo. Los sollozos sucedieron a los gritos, y las oraciones a las chanzas.

Quién se lanzaba en busca de sus hijos; quién en busca de sus padres, de su esposo, de sus hermanos.

En cuanto a mí, me ocurrió lo que era natural: dirigíme al templo para arreglar mi pasaporte; pero cuando llegué era tarde. La oleada de los penitentes llegaba hasta la calle. Me volví a casa. A penas llegué llaman a la puerta. Abro y se precipita en mis brazos uno de mis más furibundos enemigos.

—Don Luis—exclamé—¿Usted por aquí?

—Sí, señor; a pedir a usted perdón de mis ofensas.

—¡Oh, muerte!—exclamé—, qué poderosa es tu influencia.

No acabé mi reflexión, porque de nuevo llamaron a la puerta. Era don Nicomedes Agarra, el primer usurero del pueblo que me traía sus rapiñas.

—¡Oh muerte, oh juicio! iba yo a repetir, cuando me avisa la muchacha:

—Abajo está el vecino que quiere hablar con usted.

Este vecino me acababa de entablar un pleito civil y dos querellas porque mi criada había sacudido una escoba en la pared medianera de nuestras galerías.

—Vengo a manifestar a usted—me dijo—que puede la muchacha sacudir en adelante y sin ningún peligro...

—El molinero—gritó luego la muchacha.

—Que pase.

—No puede, porque viene cargado de harina. Dice que es la que se le ha ido pegando a la piedra del molino.

—Pues, hija mía bien nos ha molido También está aquí el sastre, queriendo hablar con usted.

—¿Trae retales?

—No, señor; Trae el comerciante de paños para rectificar todas las cuentas

—Señorito, dese uste prisa, que también espera el tendero de la esquina para entregar una harina en vez de una arena, que dice dió esta mañana por equivocación.

—Es que dice que como de harina a arena, no van más que dos letras.

—También quiere entrar don Lino, el boticario, que ha equivocado la medicina de usted.

—¡Caracoles! ¡Equivocación de boticario! Si me habrá dado un veneno.

—No, señor; como los venenos son caros, dice que en eso no se equivoca. Pero, señorito, veo que no se despacha usted, y lo siento, porque yo también tenía que arreglar con usted unas cuentecitas erradas.

—«Tú quoque brutus»

—Sí, señor; llámeme usted "coque" y "bruto", y lo que usted quiera. Pero ha sido sólo un mal pensamiento que me ha dado cada mañana que iba a la plaza.

—¡Hija! Si estás yendo diez años. Pues ahí es nada el número de pensamientos.

—Perdone usted, señor; yo los daré a usted todos.

—¿Los malos pensamientos?

—No; los cuartos de las sisas.

—¡Bendito sea Dios!—exclamé aturdido—. ¡Cómo anda el mundo! ¡Qué falta hace de cuando en cuando un juicio final! Pero..., y sabiendo todos que nos hemos de morir, y pronto y tras la muerte viene el juicio, ¿cómo no pensamos de este modo siempre? Mas... calla, que yo también tengo que arreglar mis cuentas. Iré a ver si puedo hacerlo en la iglesia. Imposible; la gente en vez de disminuir, había aumentado. Los confesonarios todos estaban rodeados de penitentes. Entre éstos se oían diálogos muy curiosos:

—Te aseguro, Bárbara mía—decía un marido con cara compungida—, te aseguro que si te abandoné un poco tiempo...

—¡Un poco tiempo! Grandísimo tunante, ¿aún te parece poco los doce años que has estado sin verme?

—Pues ya ves que me he acordado de tí.

—¿Tú no te acuerdas de Santa Bárbara más que cuando truena.

—No digas eso, Barbarica, pues

sabes que por los truenos tuvimos que separarnos.

—¡Amigos míos!—gritaba un solterón viejo y avaro, dirigiéndose a un grupo de obreros—. la muerte se acerca, no más afanes; tomad estos talegos de dinero que pesan sobre mi conciencia.

—Gracias. Pero siendo ya viejo, ¿cómo no le pesaban lo mismo ayer?

Luego, en medio de la plaza entre la multitud, se levantó un púlpito. Subió un sacerdote, un misionero, y con voz de trueno habló así:

—Estultísimos fieles: ya antes que apareciese este aviso puesto en el cielo, ¿podíais dudar de que el mundo tendría fin? Antes, como ahora, ¿podía estar seguro el viejo ni el joven de que su vida durara un día más? Pues si no lo estaba, ¿por qué pensar y obrar de tan distinta manera de como hoy pensáis y obráis? En verdad que la Humanidad parece estar loca. No en vano el sol se ha cansado de vivificarla con sus rayos y alumbrarla con su luz. Hora es ya de acabar con tanta sinrazón. Y en efecto, ver cómo se acaba.

De pronto se oyó un grito de angustia. Acababa de brillar un relámpago infernal, imposible de describir. Iba a estallar un trueno horriboso. El pánico se apoderó de todo el mundo, y cada cual trató de esconderse donde pudo.

Yo hice lo mismo, y metí la cabeza no sé donde; pero en el instante oí un gran estrépito y...

—¡Dios mío!—exclamé con todos mis pulmones.

—¿Qué pasa, señorito?—gritó la criada, precipitándose en mi habitación—. ¿Cómo diantres ha caído usted de la cama?

En efecto, todo había sido un sueño del que acababa de despertar. Repúsemme al momento, vestime a la ligera, y aunque era muy temprano, me eché a la calle para acabar de sacudir la pesadilla. La pesadilla desapareció, pero no desapareció la idea que la sirvió de tema. Tanta impresión llegó a hacer en mí esta idea, que desde entonces mi vida cambió radicalmente.

—Tú estás chiflado—me decía un amigo que supo lo del sueño.

—¿Chiflado, eh? ¿Pues sabes lo que te digo? Que ojalá todos los hombres se chiflaran de la misma manera.

—¿Por qué?

—Porque entonces ni robarían los comerciantes, ni los usureros chuparían la sangre de los pobres, ni los patronos se aprovecharían del sudor de los obreros, ni los padres malgastarían la hacienda de los hijos, ni éstos amargarían la existencia de quien les dió el ser, ni habría matrimonios desavenidos, ni esposos infieles.

El 1 de enero del próximo año, este periódico cumple sus BODAS DE ORO.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y Jesús les decía.

—Cuando ayunéis, no pongáis la cara triste como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Tú, al contrario: cuando ayunes perfuma tu cabeza y lava bien tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas; y tu Padre que ve lo que pasa en secreto, te dará por ello la recompensa.

Desde el miércoles de Ceniza, entramos en período de meditación y penitencia. Es el momento del balance general de nuestras cuentas de conciencia.

En esas cuentas los engaños, las omisiones intencionadas, la desfiguración de los hechos, no puede ser posible. Nuestra propia inspección que es la conciencia, nos va señalando inexorablemente dónde están los errores y dónde están las omisiones y las faltas.

Las cuentas están claras y el error no cabe. El pecado grita en medio de nuestro balance como números rojos que se destacan en la contabilidad señalando la diferencia. Esos errores no podemos subsanarlos con asientos contrarios, o con unas pesetas de más en la liquidación a los organismos fiscales. Hemos de rectificar o en caso contrario el Gran Liquidador de nuestras cuentas nos rechazará con todas las consecuencias.

Por eso, la época actual de balance de cuentas de conciencia, nos da lugar a meditaciones y penitencia.

Ante este problema íntimo, nuestro solo, sin intervención de nadie, la rectificación y solución ha de ser, también, por nosotros mismos.

Ahora bien; el pasaje evangélico nos habla de no poner cara triste ante la penitencia, ni al ayuno. Quiere que sea tan privado que quienes viven en nuestro alrededor, no sepan lo que hacemos para enmendar el error padecido, a no ser que nuestro pecado haya sido público, pues entonces la rectificación habrá de ser también pública, con valentía y con fé y optimismo. Que al encontrar la diferencia de nuestra íntima contabilidad y decidirse a una enmienda firme y definitiva, hemos de ir a ella con alegría, optimismo, decisión, valentía y alegres en nuestra penitencia. Alegría, alegría, que hemos encontrado el verdadero camino y la exacta solución de nuestra íntima contabilidad de conciencia.

Dios es misericordioso y justo, y en esa confianza, podemos enfrentarnos con nuestra decisiva rectificación, con el ánimo dispuesto a perseverar en el buen camino, con la seguridad de que Dios verá complacido nuestra penitencia y nuestra rectificación de conducta.

La conciencia en estado de paz nos dará una inmensa alegría.

El momento de meditación es oportuno. Dios espera de nosotros que no desaprovechemos esta oportunidad mas que nos brinda en su infinita misericordia.

Alégrate, alma cristiana, que Dios habla a las almas y dicta sus deseos a la conciencia que grita, sobre todo en estos días de Cuaresma. Escúchala, óyela... no seas sordo a sus palabras de amor.

R.

La pequeña Vestal

El buen cura había muerto en la guerra, junto a un herido a quien había estado auxiliando. Nadie lo había reemplazado en su parroquia de campo. El Obispo no tiene a quien mandar.

¡Pobres parroquias de campo, reducidas a «capillas»! Sólo de tarde en tarde pasa un sacerdote apresurado para la Misa dominical.

Al principio el pueblo se defendió... El hacendado mandaba un cochecito a buscar al señor cura del pueblo vecino para los últimos sacramentos y la misa del domingo. Después el hacendado se olvidó... El cura hizo el viaje a pie cuando podía.

La vida espiritual se fué entibiando. Hubo un entierro civil, después varios. Un matrimonio civil después varios... El campesino se acostumbró a quedarse sin misa.

Una viejecita piadosa de ochenta y tres años murió sin sacramentos... Cuatro vecinos la llevaron en un cuarto de hora a su hoyo... Después pasaron a la cantina...

Todo esto sin odio, sin escándalo casi con la más triste naturalidad. Así se formaba la costumbre...

Comer, dormir, trabajar... Ni los bueyes ni los hombres tienen para eso necesidad de sacerdote.

Duerme, vieja parroquia... Cierra tus balcones, como un muerto cierra los ojos... La misión de amor ha terminado... Ya no preside más que el cementerio.

* * *

Pero en el pueblo vive Cristina (Cricri), jovencita de unos quince años que pastorea la vaca y las tres cabras de su madre a la orilla del camino tejiendo calcetos...

Y cuando vió pasar, con horrible vulgaridad, con el cigarró en los labios, a los cuatro tipos que llevaban al hoyo a la pobre vieja María, a quien ella quería mucho, el corazón le dió un vuelco... Entró a la iglesia desamparada, tomó agua bendita en un vasito y la derramó sobre la tumba con fervorosa tristeza.

Los hombres la miraban sonriendo indecisos.

Al día siguiente llegó la niña con una escoba y se puso a limpiar la iglesia.

—¿Qué te pasa Cricri...?

Luego hizo otro tanto con la sacristía. La abrió, ventiló, sacó los paramentos, sacudió las telarañas...

* * *

¡Sorpresa del cura vecino cuando llegó, bien acogido en la pobre iglesia!

—¿Eres tú la que ha hecho todo eso, Cricri?

—Sí, contestó la niña, poniéndose colorada.

—Bueno, ya que la iglesia está decente, voy a tocar la campana para celebrar la Misa...

Acudieron unos quince niños y unos diez grandes. El Sr. Cura les dió algunas estampas.

—Cricri ¿quieres ayudarme así cada semana?

—Sí, señor cura con todo gusto...

—Reunirás a los niños el domingo; les enseñaré el catecismo, y les traeré algunas cositas de premio... tú serás mi «teniente».

—¡Oh, señor cura!

Pero este cura no volvió... Al regresar a su casa, se había encontrado con un nuevo nombramiento: El obispo le mandaba a una población obrera.

La pobre niña tuvo entonces una crisis de desaliento; lloró sin más testigo que los cuatro animales domésticos... Sufría algo así como si tuviera las alas quebradas... pero se recobró luego y solita.

Cada jueves a la salida de la escuela, reunía a los niños para enseñarles a conocer y amar a Dios.

Para atraerlos les daba partidos en dos, los terroncitos de azúcar de su desayuno.

Les leía la Historia Sagrada, Nuestra Señora de Lourdes o la vida de una Santa.

Con toda su timidez, fué a ver a los enfermos, a rezar al lado de los muertos

Santamente porfiada, hizo parar a los enterradores frente a la iglesia, donde los cirios estaban prendidos, y los muertos no iban a la tierra sino después de recibir la bendición de Dios.

El gorrito blanco de la aldeana iba poco a poco tomando aires de velo de monja... Casi todos aceptaban su intercesión y aún contaban con ella.

A la tarde iba a la iglesia a rezar el rosario y cuando había gente lo decía en alta voz.

El celo, la necesidad, de ser apóstol la conquistaba cada día más.

Así como un pasajero soñador se pone de codos en la borda de la nave, preguntándose en qué infinito punto se encuentra en medio del océano, Cristina se quedaba por la noche en su balcón contemplando la inmensidad centelleante de estrellas, en medio de las cuales va bogando la tierra... la diminuta tierra...

Y juntas las manos de emoción, decía en voz alta a través de la noche:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Y su ejemplo hacía que otros también levantarán la cabeza...

Y así, desde hace diez años, pequeña vestal sin saber la joven aldeana mantiene la minúscula centella que un día ha de prender el fuego sagrado.

Porque tiene que prender un día, Cristina está segura...

¿Cuándo? ¡Secreto de Dios!

Pero a buen seguro que ya viene en alguna parte el seminarista, el joven generoso que ha ofrecido sus veinte años al Señor Jesús... y que se está preparando para venir aquí a reanudar la obra divina.

Y si ese joven sacerdote no encuentra la iglesia apolillada, la fe muerta, las almas cerradas, ello se deberá a esa humilde niña, como todas exteriormente, desdeñada tal vez, pero a quien los ancianos que murieron y los ángeles del cielo contemplan con envidia, porque ella guarda el "fuego"... el fuego que es el "Amor"...

El fuego que es Dios.

Pierre L' Ermite

La nieve y el carbón

(Poesía del ya fallecido vate gijonés, don Faustino Martínez)



El hada que desde el cielo,
con su mano linda y leve,
manda sobre nuestro suelo
como puro y sutil velo,
los blancos copos de nieve;
por alta región cruzando
de una nube en la prisión,
se detuvo contemplando
y compasiva mirando
la negrura del carbón.

Didió a Dios la consintiera
darle algo de su blancura!
y El consintió que lo hiciera,
aunque, por su intención pura
un desengaño tuviera.
Entonces, con profusión,
cayó la blanca nevada
como impetuoso turbón;
y quedó envuelto el carbón
con la nieve immaculada.

Mas, del hada la alegría
fué, al contemplar su obra, breve,
pues nada logrado había.
¡El carbón negro seguía,
después de manchar la nieve!

Del malo debe alejarse
todo aquel que hacerlo pueda;
porque de cerca al tratarse,
el bueno puede mancharse,
y el malo, malo se queda.

Ladrón hasta el fin

Currillo era un gitano de pura sangre; de estatura más que de regular, delgado, de rostro cetrino y mirada viva. Sus movimientos eran tan rápidos, que arrebatando la cartera o el reloj a todo el que se le acercaba, ninguno se daba cuenta hasta que necesitaban pagar alguna deuda o saber la hora que era. Según Currillo el gitano de «verdad» no debía deshonorar sus manos con el trabajo. Su lema era este: nuestro sino es no trabajar, nuestro «oficio» agarrar tó lo que se venga a la mano. Dios jizo el boto pa que el pastor apriscara bien la oveja; y a los gitanos pa quitá escuidos a la humanidad y dar argo que ganá a los cerrajeros; y tos, absolutamente tos, tenemos que cumplir nuestro «oficio» sobre la tierra.

Con esta norma de moral Currillo se pasaba la vida desocupando carteras, allanando cuadras y asaltando gallineros; lo que le valió caer varias veces en manos de la justicia. A veces era la justicia "catalana" y entonces salía cojeando o con un ojo vendado. Entonces se explicaba:

—¡Desgajes del oficio! To por cumplir bien con mi obrigación.

¡Qué le hemo de jacer! Pasiensia, Señor, pasiensia.

Otras veces era la justicia legal la que le encerraba, pero como allí comía a cuenta del Municipio, el juez le ponía pronto en libertad, no sin antes preguntarle si estaba arrepentido.

—¿Arrepentío? Más que el buen ladrón al que perdonó Jezú.

—Entonces me prometerás no volver a tus rapiñas ¿eh?

—Eso no, señó Juárez, eso no. Yo tengo que ser fiel a mi "ofisio" eso no puedo prometerlo, no me gusta faltar a la palabra.

A veces era el Párroco el que se entrevistaba con Currillo para decirle;

—Mira, Currillo, que el que roba comete un pecado; y si no se arrepiente y restituye, se va de cabeza al infierno para toda la eternidad.

—Padre de almas, eso no. —Contestaba Currillo con mucha gracia. El infierno es pa los malos, pa los que matan y roban, pero pa mí, que no hago más que cumplir con mi "ofisio" no y no. Además como desía mi agüelita la probe que en cielo esté: A necessitatis, non es peccatis.

Por fin una noche de invierno fué cogido «in fraganti» en un gallinero; le dieron una soberana paliza y con el fresco de la noche agarró una pulmonía doble.

—Mira, Currillo, —le decía el Párroco— estás muy malito; vas a morir pronto y tendrás que dar cuenta a Dios. Ya que durante la vida has sabido cumplir bien con tu oficio, yo deseo que seas ladrón hasta el fin. Quiero que hagas un robo y te harás rico, inmensamente rico por toda la eternidad

—¡Oh Padre de almas! —dijo Currillo con voz apagada— Aunque estoy tan malillo, si me llevan de la mano, todavía podré jacerlo.

—No necesitas moverte: se trata de robar al diablo.

—¿Y qué puedo, yo robar a ese desgrasiao?

—El alma, Currillo, el alma. Tu alma la tiene el diablo y tienes que robársela para entregársela a Dios.

—Y ¿cómo jaré yo eso?

—Haciendo una buena confesión de toda tu vida.

—Pues ahora mismo, Padre de almas: Ahora mismo.

Momentos después, tras una confesión bien hecha, moría Currillo. ¡Qué satisfacción sentía el Párroco, al salir de aquel tugurio! Currillo fué ladrón hasta el fin, robando el alma al diablo y el cielo a Dios; hoy sí que cumplió bien con su «ofisio».

Cuántos cristianos hay que pasándose la vida robando a Dios y al prójimo, no tienen al fin de ella la valentía de Currillo de robar el alma al diablo, confesándose bien.

Comentando

¡Oído, sordos!

Alguna vez me he de ocupar de aliviar los males físicos de los mortales que los padecen. No crean con esto los médicos que me voy a meter de lleno en el campo de la medicina, para hacerles una competencia ruidosa. Nada de eso. Yo no consentiría que ellos se metiesen en el campo de mis negocios normales, y lo más que

puedo hacer es agradecerles la ayuda que me prestan continuamente. Y en compensación, lo que hoy voy a exponer en este COMENTARIO, puede servirles de receta para sus clientes del aparato auditivo.

Es cierto, y el experimento se realiza todos los días en mi casa. No tengo marcadas horas especiales de exhibición, ni a mí puerta cuelgo un cartel con los precios de las localidades. No es nada de eso lo que quiero hacer. Nada más que un buen consejo de un buen amigo, para que cada sordo en su casa lo prueba a ver qué pasa, y si le da resultado, que de seguro que se lo dará, que me lo agradezca interiormente, y esto me basta. Si hay quien quiera dar más, ya sabe dónde vivo.

Se trata de lo siguiente: Se aplica al oído del paciente un tubo de cartón del diámetro adecuado (bastan unos cinco centímetros) y del largo que se quiera, y hablarle al sordo por él. Creo que la experiencia, por lo sencilla y barata, merece la pena tenerla en cuenta y realizarla, y se verá que el sordo, si no oye, al menos se ríe y pasa un buen rato haciendo el comentario y poniéndome de chupa de dómine, pero si oye, que será lo más probable, obligará a hacer con él esta experiencia a todas las visitas que tenga

los dos primeros días, mientras yo me siento feliz por el consejo dado.

Repito que veo este experimento todos los días con gran resultado, y que los ratos agradables que se pasa enseñando a los neófitos el invento (que no es mío) y riéndose de las caras y gestos que todos hacen al hablar por el tubo, resulta de lo más variado y entretenido. Es el caso curioso el que, ¡oh pequeñez humana! sucede a todos los que hablan por este tubo. No sé por qué será, pero la realidad es que para hablar por el artefacto en cuestión, se emplea un lenguaje especial más fino y correcto que el usado ordinariamente, y que tiene algo de parecido con el lenguaje telegráfico y telefónico. ¿Por qué sucede esto? Porque todos tenemos en nuestra pequeñez algo de tontos, y creemos que es de más importancia y categoría el hablar por un aparato, por muy rudimentario que sea, que el hablar llanamente bis a bis con una persona.

Espero que los sordos hagan caso de mi consejo para que me feliciten por él.

Hero

Particiones Hereditarias

Autor: Don José González Llana y Fagoaga
(Doctor en Derecho y Magistrado jubilado)

Esta obra contiene un estudio detallado y sencillo de todas las materias relacionadas con la herencia, abarcando en toda su amplitud dichos temas, con gráficos y casos prácticos, lo cual hace de ella un interesantísimo guía para quienes intervienen en

TESTAMENTARIAS, ABINTESTATOS

y toda clase de **PARTICIONES HEREDITARIAS**

Consta de TRES partes - PRECIO.

En rústica, al contado Ptas. 250

» a plazos (10 meses) » 300

En tela (con títulos grabados en tapas y lomo, imitación oro), al contado » 300

En id, id, id, a plazos. » 360

Pedidos: a Librería STELLA - Carmen, 2 - GIJÓN

(Exclusiva de venta en España y América)

Almacenes



Arbués

Covadonga, 27

Materiales de Construcción

Material de "URTELLITA"

Planchas, Tubería, Depósitos

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJÓN

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJÓN Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJÓN Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJÓN Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)